

te, donde la doctrina logró especial arraigo y de donde vino a Madrid traída por andaluces ejemplares, pues el mismo Don Julián, nacido en Castilla, se instruyó en Córdoba y completó su formación en el Colegio del Sacromonte de Granada y granadinos fueron los Giner de los Ríos y andaluces Castelar y Salmerón, que se fundieron en Madrid con la austeridad castellana de Cossío, Costa, Azcárate y todos los impulsores de nuestra cultura renaciente.

El tren y los papeles fueron aquí eficaces colaboradores de la difusión del pensamiento, pero hay que tener en cuenta fundamentalmente que esta doctrina ascética caía en un campo abonadísimo desde la repoblación que convirtió a Alcázar de hecho en una ciudad levítica, patrimonio absoluto de la Orden Sanjuanista que engendró un misticismo latente del que todavía no se ve libre ningún alcazareño verdadero y que precisamente las predicaciones de Don Tomás pusieron más de manifiesto por tener la misma raíz moral y religiosa. No es posible saber las predicaciones que hiciera Don Tomás a sus seguidores en el Cerro de San Antón, pero el hecho de irse a ese monte de las Olivas, revela una de las normas educativas de la Institución Libre de Enseñanza, con la que convivía, descubridora de la sierra de Madrid y propagadora de su salubridad y su severidad a lo largo del tiempo y el espíritu con que vendrían las gentes de escucharlo, que se ha mantenido infiltrado en la villa, demuestra su elevación de pensamiento y su altura moral, persuadiendo a letrados e iletrados e induciéndoles al recto proceder y bien obrar como norma y aspiración supremas en el vivir.

Todavía se ha visto a Don Julio Casares, en plena ancianidad,

de andarse cientos de kilómetros y al mismo Don Ramón Menéndez Pidal, que formó el jardín de su casa con plantas de la sierra. Y no digamos a los Hernández Pacheco, creadores de la Geología Española, Don Luis de Hoyos, antropólogo insigne, Cossío, Giner, Costa y los incontables profesores que allí adquirieron formación y capacidad extraordinarias, honor y orgullo de la patria.

Estas predicaciones hay que suponerlas por demás austeras, convincentes y prendieron de lleno en los núcleos más abiertos y en el personal más despierto de la villa: la Plaza, sobre todo los arrieros, los corredores, los mercaderes y placeros en general y los artistas del pueblo, carpinteros, carreteros, herreros y el gremio numeroso e influyente de los zapateros.

Creo yo que no es ajeno a estos misticismos antiguo y moderno, el valor de la palabra dada entre nuestros hombres de trato, evidenciado en aquello de cogerle a uno la palabra, significando que si te cogían la palabra era definitivo y firme el perjuicio o el beneficio que se derivara, como todavía pasa en las Bolsas de Comercio, donde no median más documentos que la palabra y la nota que se toma a lápiz por ambas partes en una libreta cualquiera, sin arrepentimientos posibles.

Se habla de que el equilibrio mental de los Tapias no era perfecto, idea manifestada en el sentir de las gentes diciendo que tenían un ramalazo, al observar cierta acentuación en sus actuaciones de cualquier clase, como rasgo distintivo de su carácter personal, no de la cosa en sí.

Puede que este ramalazo matizara algunos rasgos de la vida de Don Tomás, pero ¿en qué vida de Santo no se hallan esas rarezas que